



¡Ojo, conde, que la gente negra ya ha tomado precauciones!

INTERVIUS VERANIEGAS

(De nuestro enviado especial)

Progresos del periodismo.—¡Oh, la interviú!—¡Hay que ver á Forgas!—A Suiza.—Los de Foradada.—¡Al pasar...!—Llegada á Ginebra. Buscando á nuestro hombre.—Un *quid-pro-quo*.—¡Allí está!—López, Forgas, Pujulá Vallés.—Los lamentos de un proscrito.—La Alcaldía de Barcelona.—El silencio de un pensador.

Ginebra 12 Agosto de 1906.

La interviú es una fórmula moderna de información que constituye, indudablemente, un positivo adelanto y un procedimiento educativo de primera fuerza para mejorar la mentalidad de los pueblos.

Esta opinión de Morote y mía es también la del director de EL DILUVIO ILUSTRADO, y gracias á esto y á los fondos que me facilitó el administrador, aprovechando todos los rápidos *Triboulet* se ha trasladado desde la vulgar rambla del Centro á las orillas del lago Lheman y ustedes podrán conocer el pensamiento de uno de nuestros conspicuos que aquí veranea, oxigenando sus pulmones y robusteciendo su cerebro, cobrando, en fin, la cantidad de vida necesaria para tomar parte en las próximas luchas políticas.

Difícil, muy difícil era mi misión. A son de bombo y platillos los redactores de los periódicos madrileños han sorprendido ya en sus retiros veraniengos á casi todos los prohombres más ó menos públicos de la nación. Hasta Sagnier se ha visto halagado por la correspondiente interviú y si Mir y Miró no ha disfrutado de este beneficio se debe á que el redactor de *Rojo y Verde* que tenía el encargo de visitarle no supo encontrar en el mapa el retiro de Talarn, donde veraneaba el verboso exconcejal.

Necesitábamos aguzar el ingenio, aprovecharnos de las omisiones de los reporteros nacionales, y el apellido sonoro, inolvidable de Forgas acudió á

nuestra memoria, Forgas no había dicho nada durante todo el verano y Barcelona tiene derecho á saber lo que piensa Forgas. Era preciso llenar este vacío en los anales de la interviú, y aun cuando el capricho resultase algo caro, pues Forgas no es de los que veranean en Seva, en las Voltas ó en Cardedeu, EL DILUVIO ILUSTRADO no reparó en sacrificios.

Por algo han dicho madame Stael, Mariano y otros filósofos que para un intelectual no hay placer que iguale al de llenar un vacío, y en intelectualidad difícilmente nadie nos gana.

Y he aquí por cuanto con el mismo afán que pudo el inquieto Calisto buscar á su dulce Melibea, salí para la patria de Guillermo Tell en busca del gran Forgas, sin que durante el viaje me ocurriera incidente alguno mencionable, excepción hecha de que en la estación de Foradada ví al gallardo Gonzalez Rothvoss, que allí veranea.

Invítome á bajar del tren, lo cual me abstuve de hacer por naturales razones de prudencia; me exponía á perder el billete, y entonces nuestro antiguo Poncio me encargó diese de su parte recuerdos cariñosos á Manzano, su amigo entrañable y digno sucesor.

Llegué á Ginebra, de cuya descripción hago gracia á mis lectores, que harto deben conocer esta populosa urbe por las referencias del ameno *Pol* y otros eminentes exploradores, y me lancé inmediatamente en busca de mi hombre.

Aquí fué Troya. En los hoteles no sabían darme razón de Forgas, y en uno el dueño por poco me pega al preguntarle yo por el ilustre *leader* del partido liberal barcelonés.

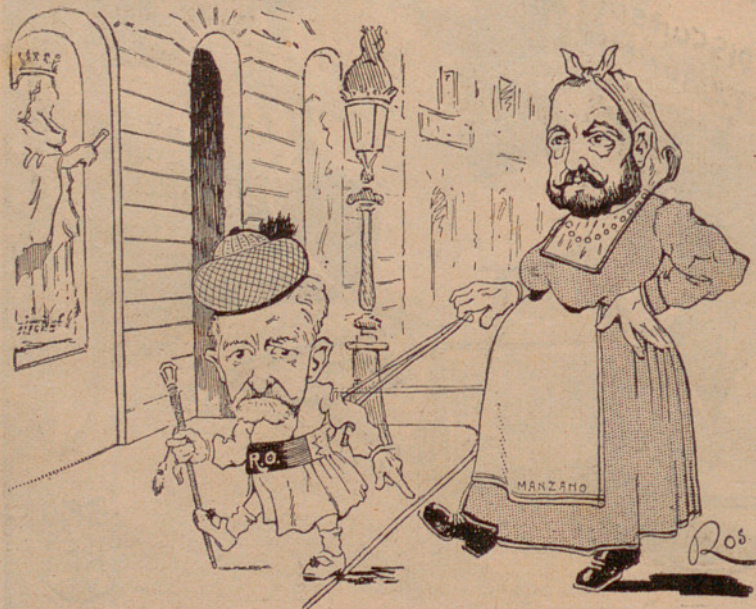
Dile todo género de excusas creyendo que el irascible mesonero era algún amigo de Maristany, el natural adversario de Forgas. Más tarde supe que era uno de esos judíos de procedencia española cuya repatriación gestionan Sanz Escartín y el doctor Pulido, que hablan una jerga castellana especial. Entonces me expliqué su indignación al decirme:

—En mi casa no se hace esto.

Forgas, en el dialecto que aquella gente habla, significa, por lo visto, una cosa fea.

No sé lo que habría sido de mí si la suerte no me hubiese deparado en pleno bulevar un encuentro con el ilustre escritor esperantista de La Bisbal señor Pujulá y Vallés.

Los primeros pasos del alcalde



No sabemos si andará bien; pero es seguro que andará despacio.



Commemoracion de la heroica muerte del *conceller en cap* Rafael de Casanova

(Fotografía de Merletti)

Una idea luminosa cruzó por mi mente: Pujulá es chico listo, lo sabe todo, y debía conocer indudablemente el paradero de Forgas.

En efecto, no me equivocaba. Pujulá me refirió que Forgas, para guardar el incógnito, no usaba en Suiza su apellido, sino el de *doctor Zabatas*, que en esperanto significa doctor Tafetan, y me invitó á guiarme hasta la residencia donde el eterno aspirante á la Alcaldía pasa olvidado el verano

Junto á las orillas de un lago y en medio de una verde pradera en la que pacían tranquilamente unas rollizas vacas vi una casa á cuya sombra, sentado sobre el tronco caído de un castaño seco, estaba en actitud impenetrable nuestro ilustre hombre público.

Le saludé y, despues de algunas corteses frases de rúbrica, así habló el amigo íntimo de Romanones:

—Ya lo ve usted, dedicado á la vida contemplativa y entre bueyes y vacas, que tienen mejores instintos que algunos correligionarios de por allá.

Y su mirada se fijó insistente en un vecino establo, como si quisiera evocar la imagen de Comas y Masferrer.

Suspiró, continuando así el curso de su sencilla perorata:

—Ahora, hace poco, lo estábamos diciendo con el doctor Lopez, que vino á visitarme. Si no fuese porque España no tiene la culpa de la ingratitud de sus hijos, deberíamos convertir en definitiva nuestra emigracion transitoria... Ninguno de nosotros será profeta en Barcelona. De Lopez se ríen injustamente en el Consistorio; de mí se ríen sistemáticamente en todas partes... Un amigo tenía á quien presté mis mejores prendas y dí pruebas de adhesion ciega, y este amigo, Romanones, consiente que al hacerse la provision de la Alcaldía se me haya postergado inicuaemente, y ¿a quién? — exclamó con amargura —. A un Sanllehy.

—¿Usted sabe quién es Sanllehy?

Calló el pensador, y, caídos los brazos, fijos los ojos en el suelo, me preguntó con desaliento, tras breve pausa:

--¿Usted sabe quién soy yo?

—...

La hora del correo se acerca. Cierro esta carta, dejando para otra próxima el final de esta sensacional interviú y el relato de otras cosas curiosas y pintorescas que me han acontecido en Ginebra.

TRIBOU ET.



CARTA MADRILEÑA

Querido director, dueño y amigo:
Como ya, por fortuna, el tiempo cambia
y á los grandes calores
que en verano nos tuestan y achicharran
ha sucedido un fresco delicioso
que hace nuestra existencia dulce y grata,
Madrid toma otro aspecto, y poco á poco
quedan solas las playas
donde pasaron el verano, alegres,
sin cuidados, sin penas y sin ansias,
cobrando su cupon estampillado,
personajes de todas las calañas.

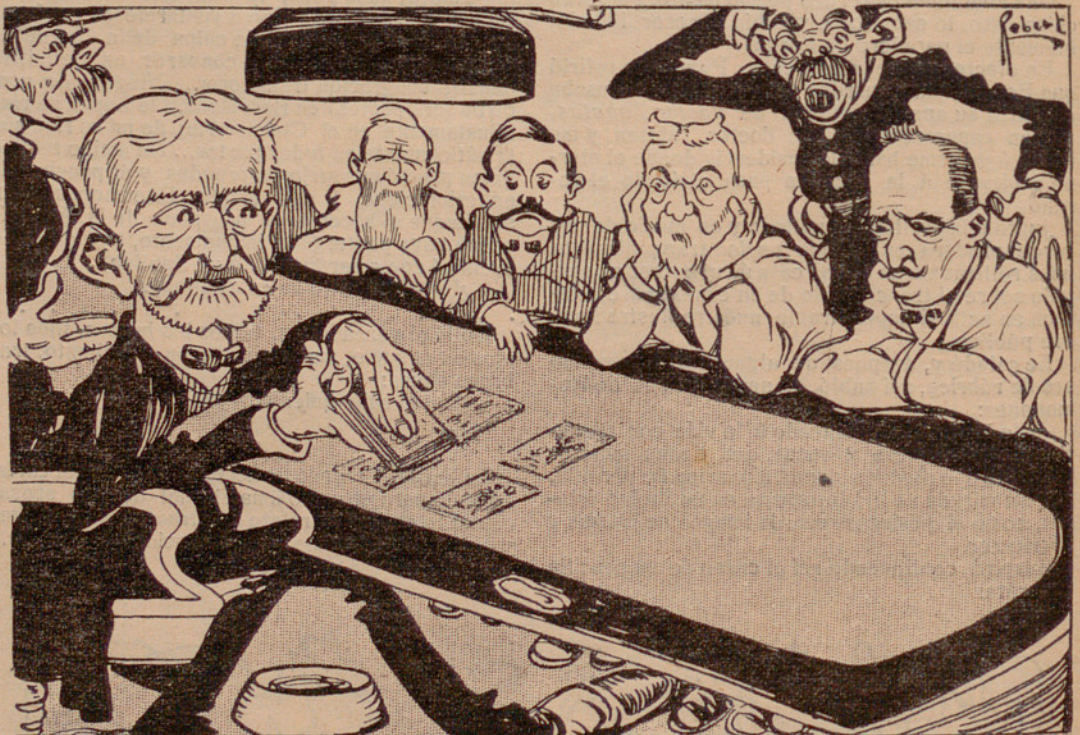
Se abrieron los teatros,
menos aquel tan célebre de Eslava
que del género chico fué la cuna,
si no en los tiempos de Mari-Castaña,
al menos cuando había en esta tierra
más vergüenza, más genio y más agallas.
Pronto darán principio los estrenos
que en el teatro nacional se ensayan
y que, según parece,
han de gustar muchísimo á las masas.

Prepara Romanones,
que hace en la escena sus primeras armas,
una revista lírico-bailable
titulada *La joven democracia*,
con puntos y ribetes de alegórico

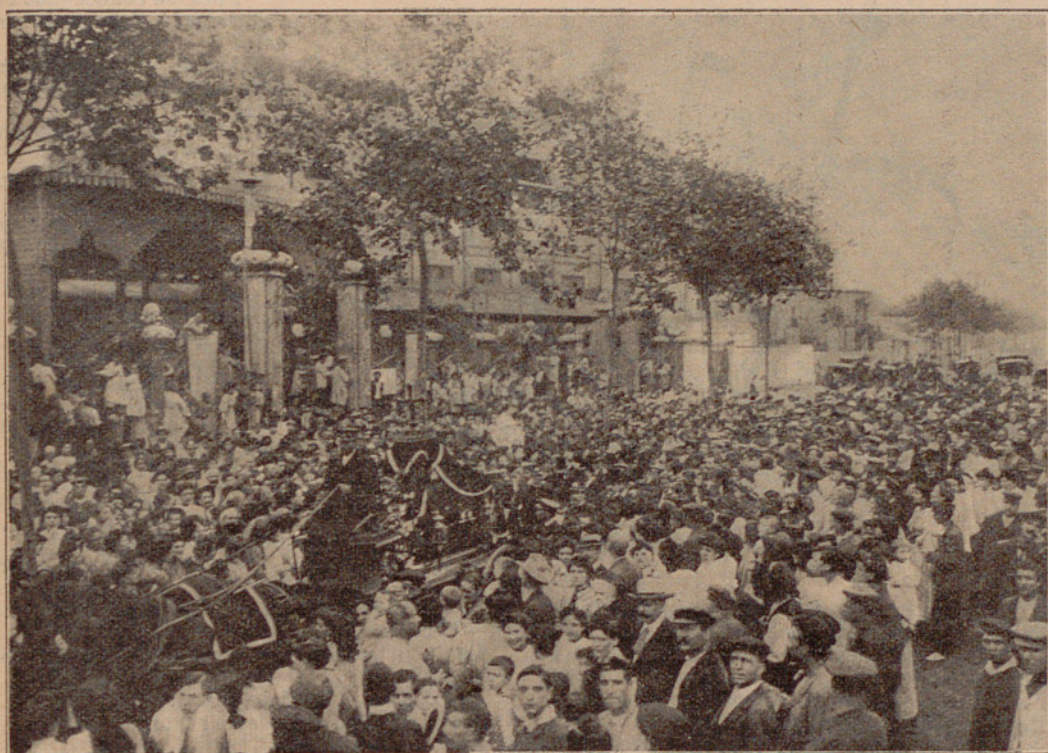
y ribetes y puntos de fantástica,
de la cual se asegura
que ha de obtener gran éxito en España,
á menos que su veto le interponga
la censura eclesiástica.
La obra de Romanones es valiente,
atrevida y gallarda,
y, aunque el asunto es viejo y muy trillado,
tiene en su desarrollo cierta gracia
y hay chistes y alusiones
que han de hacer cardenales... como el papa.
La música es bonita y agradable,
y aunque no es, claro está, música clásica,
yo tengo por seguro
que ha de dar á su autor dinero y fama.
La marcha de los frailes, sobre todo,
es una filigrana
en que el autor ha puesto
toda su inspiracion y toda su alma.
La apoteosis final de la revista
la forman dos escobas y una estaca,
los útiles precisos
que pueden hoy regenerar á España.
La obra se estrenará próximamente,
y se cree que dará grandes entradas,
si, como es de temer, no viene el tío
Paco con la rebaja.

MANUEL SORIANO.

La primera sesion



—Hagan juego, señores.., y procuren jugar limpio.



Entierro del notable mímico Oreste Onofri.

(Fotografía de Merletti).

BUSCANDO PISO

No hay persona en el mundo que no tenga su chifladura, algunas gozan de un par de docenas, y yo no podía escapar de esta especie de ley ineludible y general.

A mí me da el naípe por cambiar de casa con la misma presteza que cambio de camisa. Por mi gusto no viviría en un piso más allá de un mes. El colmo de la felicidad para mí sería haber ocupado durante el año trescientas sesenta y cinco casas distintas.

Toda manía tiene su fundamento y base, y la mía estriba en mi carácter impresionable y voluble, matizado de inconstancia, que no puede soportar las mismas cosas vistas todos los días. A los ocho días escasos que llevo en una casa ya he contado los peldaños de la escalera, los ladrillos que tienen las habitaciones, cuántas flores ó dibujos tiene el papel de la sala y del gabinete, cuántas franjas el de los pasillos y los azulejos de la cocina en sentido horizontal y vertical. Si el techo tiene vigas visibles, mientras escribo, como ó hablo estoy contando allá en mi mente *una, dos, tres...* siempre con la esperanza de que alguna vez encontraré alguna viga de más ó de menos; pero inútilmente. Todo sigue constante, uniforme, con su monotonía aterradora; siempre veo la misma cara de la portera, me encuentro en la escalera los mismos vecinos, y si me asomo al balcon allá están

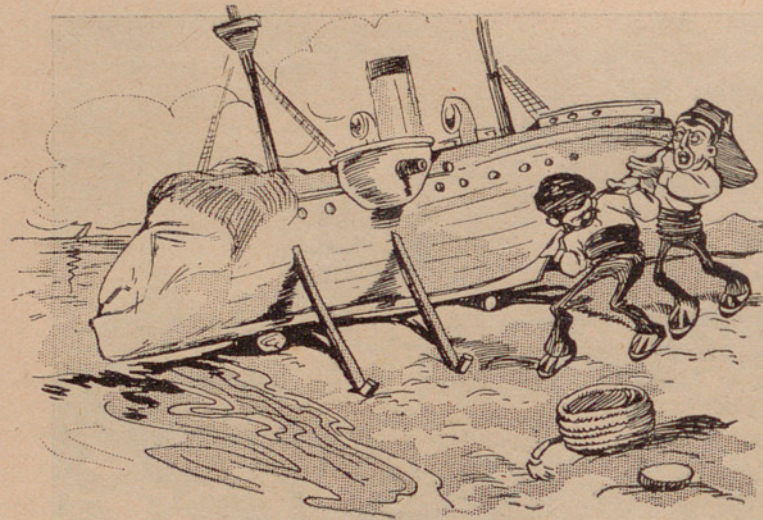
clavados los mismos tipos: la niña paliducha que hace encaje de bolillos, la mujer desaliñada que lee un libro mugriento, el joven anémico de piernas kilométricas que hace *telégrafos* á la vecina del 28, y el colegio de chiquillos con su horripilante canturreo de *una por una es una...* ó *el Tajo, el Ebro, el Guadalquivir, etc., etc.*

Cediendo á la tentación de siempre, comencé á husmear por esas calles en busca de nuevo piso. No siendo el mío, todos me parecen buenos; y si hay algo en ellos que me desagrade me digo: «¡Bah! Ya buscaré luego otro más bonito...»

Pero esta chifladura de las mudanzas, que constituía en mí una especie de *sport* con gran júbilo de las agencias de *conductoras*, me la han cortado de raíz y extirpado en absoluto los honorables caseros con quienes he tropezado en esta mi última crisis de traslado de domicilio.

Jamás en parte alguna he visto las trabas, dificultades y obstáculos que existen en Barcelona para cambiar de casa. No hay tribunal que someta á reo alguno, ni aun el antiguo de la Inquisición, á un interrogatorio tan minucioso, íntimo y humillante como el que dirigen los propietarios barceloneses al infeliz inquilino que llama á sus puertas en demanda de alquiler.

El interrogatorio comienza ya por la portera de la casa que ya miráis como morada vuestra, y si-



Una botadura deseada

que en furioso *crescendo* hasta lo inconcebible.

Citaré algunos ejemplos *históricos*, tanto, que si alguien lo desea puedo citarle las casas y el nombre y domicilio de sus propietarios ó de sus procuradores, que todavía son más exagerados.

En la rambla de Cataluña me dijo una portera: --El piso es bonito, pero me parece que *no hace* para usted.

--¿Por qué?

--No sé qué decirle; vamos, que no tiene usted trazas de poder pagar quince duros mensuales.

Y tenía razón. ¡Oh, portera, tú eras una sabia!

En la calle del Bruch:

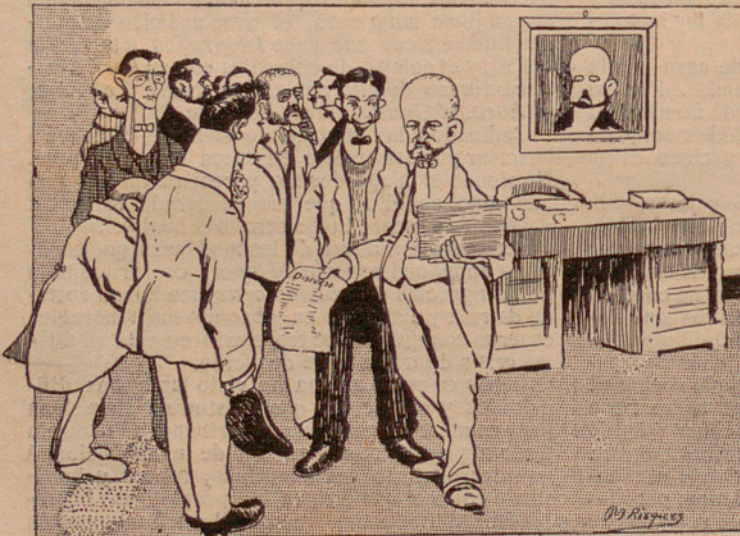
--¿Cuánto *renta* el piso?

--Diez duros.

--¿Se puede ver?

--Si tiene niños es inútil; el casero no los quiere.

Sanllehy y los periodistas



--Aquí tienen ustedes copias del discurso que improvisaré mañana para saludar al Consistorio.

--Pues se conoce que ese señor nació debajo de una col.

No subí; ¡cualquiera toma por casero á un Herodes disfrazado!

El procurador de una casa de la calle de Aribau:

--¿Es usted soltero ó casado?

--Soltero, á Dios gracias.

--¿Quién vive con usted?

--Una mujer ..

--¿Qué escándalo!

--Es la criada.

--¿Joven?

--Así, así...

--¿Sale usted de noche?

--Algunas veces...

--¿Irá usted al teatro? ¿Se recogerá tarde?

--Si usted me da permiso saldré solo los sábados por la noche, como los obreros, y volveré antes de las doce.

Tentado estuve á pegarle un tiro.

El dueño de una casa de la calle de Casanova:

--Necesito informes.

Le di cuatro ó cinco direcciones de personas respetables.

--Y dígame, ¿usted de qué vive?

--Pues... de una modesta renta.

--No será mucha...

--¡Pst! Poca cosa, nada más que para ir tirando.

--La tendrá sólidamente colocada.

--En *papel*; ¡cosa más sólida!...

--Observo que está usted muy encarnado; ¿es aficionado al vino?

---Ni siquiera lo pruebo; soy muy sanguíneo.

---Pues debe purgarse á menudo y comer poco.

---Comeré lo que usted me permita.

---Así me gusta. ¿Y quién vive con usted?

Escamado ya por otros, contesté sin vacilar:

---Una tía.

---¿Qué quiere usted decir?

---Pues una hermana de mi madre, señor mío.

---¡Ah! Creí que... Se me olvidaba; si tiene usted gatos ó perros no podrá usted ser inquilino mío. Yo indagaré, tomaré mis informes, y dentro de ocho días vuelva usted por la contestación.

Inútil es decir que no he vuelto.

Al volver á mi casa me salió al paso la portera y me dijo furiosa:

---Ha sabido el señor que pensaba en mudarse, y me ha dicho que lo haga usted enseguida, que ya tiene pedido el piso.

---¿Quién, yo? ¡Calle usted, hija, habrá sido una broma de la chica! ¡Cualquier día me mudo yo! ¡Si esta casa es un paraíso!

Y el caso es que me lo parece, y dispuesto estoy á continuar en ella hasta la consumación de los siglos.

¡Qué caseros, gran Dios!

FRAY GERUNDIO.

MI ÚLTIMO SUEÑO

No es posible que yo acierte á describir con perfeccion cómo era el misterioso personaje que se presentó ante mí apenas me quedé dormido. Era un anciano de copiosa y argentada barba, que caía en graciosos rizos sobre el amplio y robusto pecho; el cabello, blanco y sedoso, resplandecía con fuerza, tomando apariencias de nimbo al encuadrar la arrogante y bien modelada cabeza. Todo su rostro revelaba inexplicable dulzura y su despejada frente delataba de tal modo superioridad é ingenio que insensiblemente movía á veneracion profunda, que no llegaba á temor, porque sus azules ojos miraban acariciando. Bien se echaba de ver que aquellas canas habian causado admiracion y respeto á muchas generaciones; pero aquel extraordinario viejecito erguia tan majestuosamente su bien proporcionado busto, que pronto se adivinaba que el tiempo, ese implacable destructor, era impotente para aminsonar los inacabables bríos del anciano.

Yo no habia visto hasta entonces á aquel viejo singular y, sin embargo, me parecia tener delante á un antiguo y buen amigo, que fué poco á poco adquiriendo tono y figura, hasta quedar convertido en el retrato viviente del viejecito cariñoso y bueno que nos enseñan á respetar y querer en nuestros primeros años. El sonreía para alentarme; pero yo no acertaba á recobrar el ánimo porque, despues de reconocerle, recordé con miedo que los que de *El* me habian hablado, más me enseñaron á temerle por cruel que á desearle por bueno. Falto de palabras, quise mostrar mi admiracion cayendo á sus pies arrodillado; pero el anciano se apresuró á detenerme, y con imperioso tono, que me hizo olvidar al viejecito bondadoso para pensar en el Dios colérico, me dijo, al propio tiempo que me marcaba mi camino con el dedo:

—Tu sino es caminar, caminar siempre; no te detengas, sigue adelante.

—Y ¿á dónde iré, Señor?—me resolví á preguntar.

—¿Dónde has de ir sino adonde fatalmente caminan todos los hombres?

—¿Dónde acaba mi camino?

—Ése es mi gran secreto. Camina con confianza, sin vacilaciones; sufre y camina, que el punto de llegada no está muy lejos.

—Tendré que seguir errante y sin compañía, sin rumbo y sin tener quien me guíe.

El viejo sonrió de un modo extraño. Acabó y dijo:

—Siempre habeis de ser tan ciegos! ¡Nunca aprendereis á ver! Abre una vez los ojos y aprende para no olvidarlo quién te acompaña en tu penosa excursion.

Miré y me quedé anonadado. Casi tocándome con su descarnado cuerpo, infectándome con su nauseabundo hedor y helándome con su hálito, estaba un repugnante esqueleto que se cubría de la cabeza á los pies con amplio sudario que sólo le dejaba libres dos grandes y sombríos huecos, correspondientes á los ojos, con los que parecia mirar con afanosa constancia.

El temor más intenso se apoderó de mi alma y, por natural concatenacion de lúgubres pensamientos y de infinitos temores, me pareció que el espectro se aproximaba, tendiendo hacia mí sus amarillos y crujientes brazos.

El anciano volvió á sonreír y me tranquilizó diciendo:

—Todavía no, no temas. Camina sin olvidar que viajas acompañado, y este recuerdo te dará energía; mas ten presente que la primera parada que despues de partir hagas la ha de aprovechar tu compañero para estrecharte en formidable y eterno abrazo.

Maquinalmente empecé á moverme.

El anciano habia desaparecido despues de pronunciar su postrer mandato; el espectro no se veía tampoco; pero adiviné que me espiaba de cerca, porque sentía aun el frío que penetraba en mi cuerpo y me helaba el corazón.



Recreos baratos.

Tenía ante mí una hermosísima pradera; las flores la perfumaban; el sol, como nunca esplendoroso, la alegraba con sus rayos; el canto de los pájaros, mez-



Los vendimiadores de año

elado con el débil murmurio de los arroyuelos, producía inefable y jamás oída sinfonía.

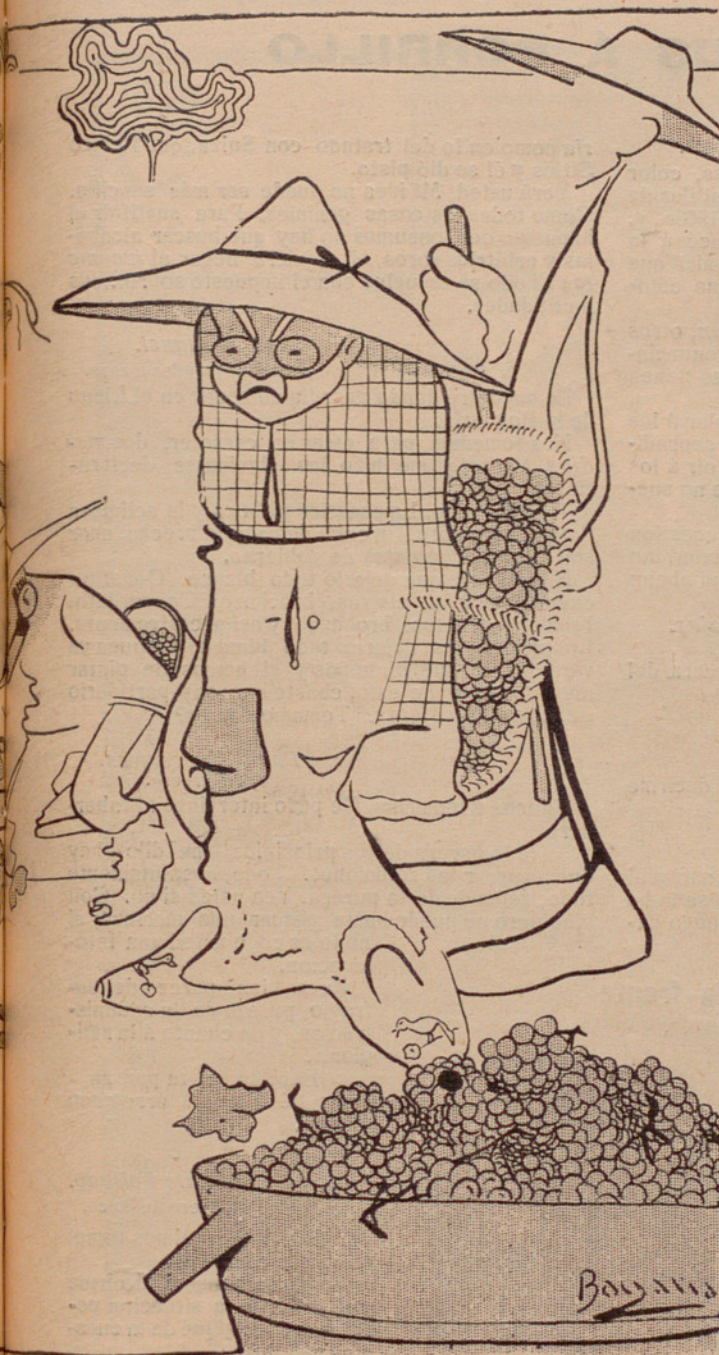
Correr por allí era tan delicioso, que no me limité á andar, sino que, alocado y ciego, emprendí vertiginosa carrera y—desgraciado de mí!—con tal rapidez marchaba, que ni pensé en detenerme á saborear las bellezas que por todas partes se me ofrecían, ni acerté á ver que al poco tiempo llegaba al final de la pradera, el sol se quedaba atrás, se perdía el aroma de las flores, que yo había neciamente destrozado con mis pies, y la música dejaba de oírse.

Acabó la pradera—¡era tan corta!—y se me ofreció á la vista una alameda á la que corpulentos y añosos árboles daban aspecto sombrío.

Vacilé un momento, y ya pensaba en volver atrás cuando oí resonar la potente voz del desaparecido anciano, que me gritaba:

—¡Adelante, siempre adelante!

La alameda no era más que un corto paseo, ni alegre ni triste, que ponía en comunicación la inolvidable pradera con un angosto callejón, que no acierto á comparar con nada, porque nunca hasta entonces



El piso, desigual y guijoso, estaba plagado de víboras ponzoñosas, y cada paso que daba equivalía á una tortura que me causaban á un tiempo las cortantes aristas de las piedras y el aguijón agudo de los reptiles.

Quise buscar relativo consuelo á mis dolores oteando con ansia para buscar la salida, y mi mirada se perdió en la oscuridad más espantosa; volví la cabeza para solazarme con la contemplación del pasado, y me encontré con la oscuridad de nuevo.

Tuve miedo y quise retroceder. Apenas me detuve, oí á mi lado terrorífica sonrisa y espantoso tablilleo. Recordé la advertencia del anciano, y, creyéndome ya en los brazos de mi feroz compañero, grité con desesperación y eché á correr desolado; mis pies desnudos se posaban sobre puntiagudas piedras y mis brazos chocaban con los punzantes salientes de las paredes; pero no me detenía. Por dos veces caí sudoroso, rendido, medio muerto, y sin tomar ni el tiempo preciso para pronunciar un ¡ay! me levantaba y seguía corriendo, temeroso de que me alcanzara el espectro amenazador.

No sé cuánto tiempo duró aquella cruel huida; tal vez unos pocos minutos, yo juraría que fué un siglo; solo sé que no acabó hasta que, farto de aliento, porque con la sangre que vertían mis heridas me abandonaron las fuerzas, me arrojé al suelo dispuesto á perderlo todo.

La formidable voz del anciano llegó de nuevo á mi oído para advertirme que quien sin luchar ni padecer se entrega, renuncia insensatamente al galardón ofrecido: un poco más y has triunfado.

Hicé un esfuerzo sobrehumano y avancé de nuevo.

Momentos después llegaba á una pequeña abertura que daba salida á aquel maldecido túnel.

¿Qué me esperaba en cambio de mi constancia? No iba á tardar en saberlo.

Avancé resueltamente y ¡fiera desilusión! desemboqué en un recinto mil veces más sombrío que el callejón que acaba de atravesar; aquel extraño paraje estaba sembrado de cruces y repleto de cadáveres; no era más que un cementerio.

— ¡Por fin llegamos! — exclamó otra voz á mi espalda.

Era la de mi fúnebre perseguidor, que, al ver ya suya la codiciada presa, arrojó lejos de sí el sudario y ciñó con indecible furia mi endeble cuello con sus prepotentes brazos.

El miedo me despertó. Me palpé con afan y me restregué los ojos para extinguir el recuerdo de la horrible pesadilla. Quise olvidar ese sueño; pero yo no sé con qué fuerza han quedado profundamente esculpidos

en mi memoria hasta los nimios detalles, que muchas veces, despierto, vuelvo á pensar en la siniestra peregrinación, veo el tétrico cementerio como fatal y único punto de llegada de la fatigosa senda que llamamos vida, y, en vez de atemorizarme, es mi alentadora esperanza el macabro y libertador abrazo de la constante y precisa compañera del terrorífico viaje.

MIGUEL TOLEDANO.

había visto camino tan espantoso. Limitaban por los lados el tétrico callejón dos altísimas murallas de grueso y negruzco granito; ambas paredes se elevaban hasta perderse en la inmensidad del horizonte, donde casi se juntaban para no dejar paso más que á un débil rayo de luz que, no sirviendo para alumbrar el terreno por donde yo caminaba, desconcertado y á tientas, acababa de hacer más horrible la excursión, porque me llevaba á pensar en el sol potente y vivificador que hasta entonces me había alumbrado.

INTERVIUS Á PORRILLO

PRELUDIO.

Me puse una *chevalier* de dos vueltas, color heliotropo, clavé en ella un magnífico alfiler de brillantes ¡ay! de boro, modelo «Junoy 1906», y, sintiéndome enteramente Morote, me lancé á la calle en disposicion de oír todas las gansadas que los conspicuos de la política local quisieran colarme.

Pero la mayoría de ellos no *pronuncian*, otros dicen que ha pasado la época de los pronunciamientos, algunos no tienen ideas, otros las tienen malas y no pocos dicen *mú*.

No hallándome en vena de hacer hablar á los animales, como Esopo, Lafontaine y el supradicho Morote, descendí al arroyo para oír á los que nunca son oídos é interpelar á los que no suelen ser consultados.

El tema fué la situación política y la cuestión religiosa, y he aquí lo que el sentido comun, tan poco comun por allá arriba, díjome por aquí abajo:

Joaquinito Rodajas.
Niño gótico.

Estaba tomando el *vermouth* en la acera del Continental. He aquí nuestro diálogo:

—¿Qué toma usted, querido Paturot?

—Notas.

—¿Para qué?

—Para varias interviús. ¿Quiere usted decirme algo de política?

—¡Hombre, sí! He tenido una idea.

—¡Ah!

—Sí, una idea para salvar la Hacienda nacional y sustituir el impuesto de Consumos. No se la he comunicado á Navarrorreverter porque luego ha-

ría como en lo del tratado con Suiza, que lo hizo Sitjes y él se dió pisto.

Verá usted. Mi idea no puede ser más sencilla. Como todas las cosas geniales. Para sustituir el impuesto de Consumos no hay que buscar alcabalas y arbitrios raros, ni siquiera llegar al *income tax*. Todo se resuelve con el impuesto sobre... las inutilidades.

Pepe Blanquet.

Emblanquinador ó pintor de grandes masas.

Le encontré dando guardia de honor en el Llano de la Boquerfa.

Nos tomamos, para estar en carácter, dos *medios tintas*, y me hizo las siguientes declaraciones:

—Todo, todo. La cuestión política y la religiosa lo tengo resuelto. Un cubo de cal y la brocha, esos son mis *instrumentos* de gobierno.

No hay más que dejarlo todo blanco. Constitución del Estado, zis zas, brochazo; Concordato, brochazo; Cortes, brochazo, y así sucesivamente. Lo primero es dejarlo todo blanco; despues ya veremos lo que pintamos y si hemos de pintar algo. A pesar de esto, conste que soy partidario de las *medias tintas*. ¿Tomamos otras?

Paco Aiguesvives.
Tabernero.

Fuimos á tomarlas. De paso interviuvé al tabernero.

—De la pureza de los principios—me dijo—hay que esperar las soluciones. Todo, absolutamente todo, depende de la pureza. Vea usted si no. Con vino puro se puede hasta pescar una merluza; si no lo es coge usted una intoxicación.

Pues bien, pureza del sufragio, pureza de la administración, y en cuanto á la religión...

—¡Bendita sea tu pureza!

¡Olé! Ya está arreglado el país.

Restituto Foliado.
Librero de lance.

—¡A veinte céntimos tomo!
¡A veinte céntimos!

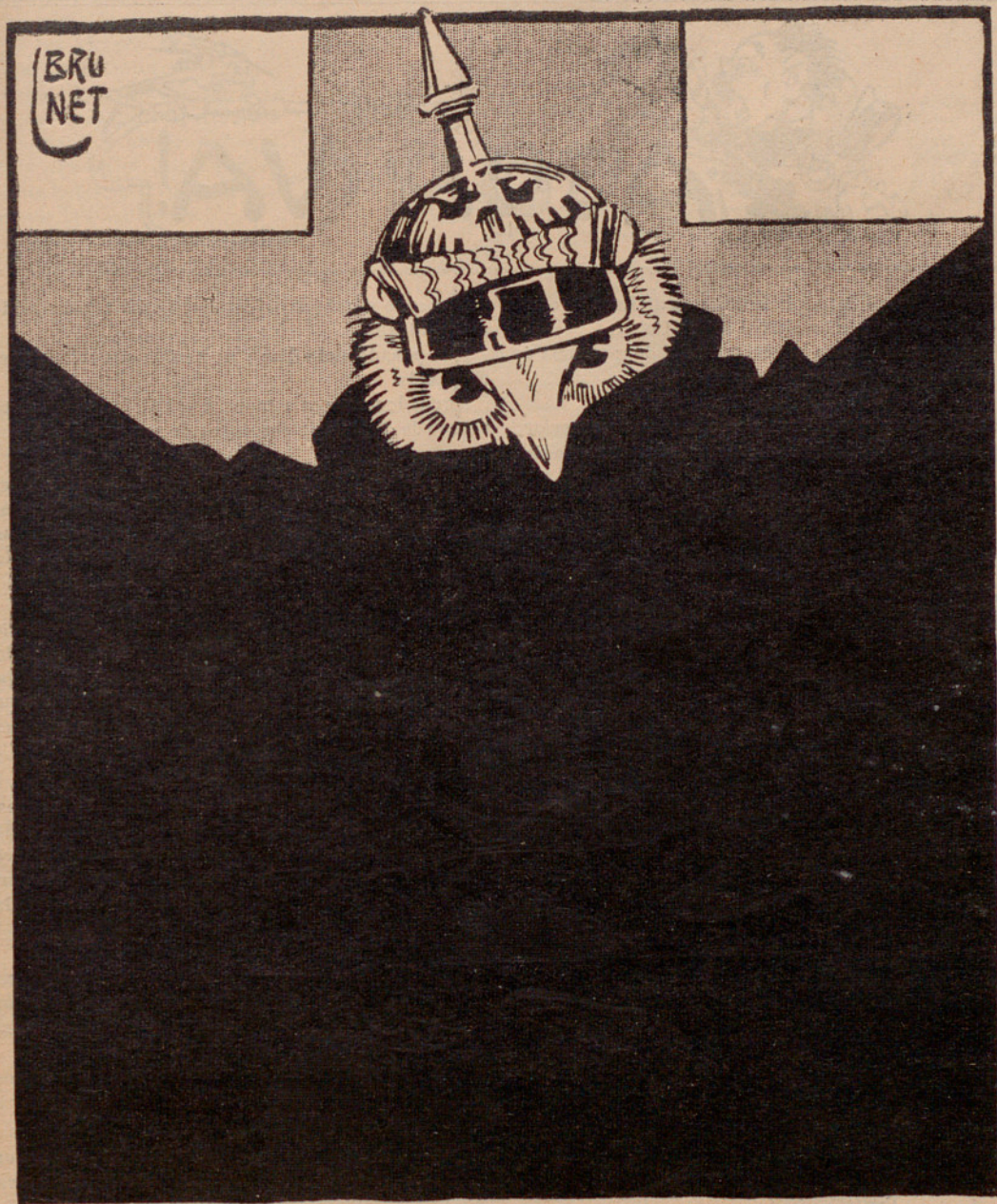
—¿Quiere usted decirme qué opina de la situación política actual? ¿Qué de la cuestión religiosa?

—Que hablen por mí estos libros. Todos son de ciencias varias y ¡ni Dios los compra!, y el que los compra no los lee y el que los lee no los entiende. Por eso creo que el alivio de los males de la patria es cosa que va para largo. Siga usted revolviendo. No verá usted un solo libro de novenas, trisagios y devociones. De esos no queda nunca resto de edición. Pues bien, amigo mío, mientras no ocurra lo

La primera en la frente



¡Bravo, bravo, si no es la última!



EL PAPA NEGRO

contrario, esto no tendrá cura, sólo tendrá curas.
¡Ah! ¿Quiere usted un librito de esos... de esos...
vamos, alegritos?

—Pero, hombre...

—Pues crea usted que se venden mucho.

Crispin Tirapié.
Zapatero de portal.

—Yo estoy por la República.

La *experencia* me lo ha demostrado. Unos tacones gastados es cuestion de unas tapas; las suelas rotas se arreglan echando medias. Pero unas botas sin tacon, ni suela, rotas por la puntera, tiradas de talon, con los elásticos que han dejado

de serlo, ¿esas?.. Esas sólo se arreglan... con otras nuevas.

Y de forma americana.

Matías Fossas.
Guardian de la Necrópolis.

—Créalo usted. Aquí, aquí es donde se arregla todo.

Y allí acabé mis interviús.

Porque el hombre para allí cuando mejor va pensando.

JERÓNIMO PATUROT.
Interviuvador con corbata propia.



El último candidato a la Embajada de España cerca de la Santa Sede ha sido el señor Cobian.

¿Quién como él para haber tratado de potencia a potencia con el padre de los fieles?

**

En el SUPLEMENTO ILUSTRADO de la semana anterior tuvimos la modestia de confesar nuestra ignorancia

de la breve y poco accidentada historia política del nuevo alcalde.

Han pasado siete días y no hemos aprendido gran cosa más.

Aguardemos otra semana a ver si logramos enterarnos de alguna acción digna de ser referida.

**

Un polizone había estudiado la forma de reforzarse el sueldo dando sablazos por escrito a los más activos timadores.

La cosa es extraña.

No que el polizone diera sablazos, sino que los diera por escrito, porque en nuestra policía no abunda la gente que sepa escribir.

**

Dicen que a su regreso de Mallorca el señor Maura se detendrá en Barcelona dos ó tres días para arreglar sus desarregladas huestes.

¿Dos ó tres días?

Poco tiempo nos parece para la obra que el señor Maura tiene que hacer aquí.

Hay tarea para siglos.

**

El señor Sanllehy ha ordenado que se limpien varias calles.

¡Bien está! Cuide el nuevo alcalde la limpieza de las calles, pero sin descuidar la de los edificios.

En el Municipio no vendrían mal unas cuantas escobadas.

**

Los más de los periódicos han jaleado cariñosamente al señor Navarrotreverter por haber llevado a feliz término sus negociaciones con Suiza.



Don Antonio esperando la próxima caída de la hoja, del tronco y del fruto.

El ministro de Hacienda recibió los piropos sin formular la menor protesta.

Pero, como nunca faltan descontentos, algunos periódicos se pusieron á analizar el convenio con Suiza para probar que no había motivos para extemar las alabanzas.

El señor Navarrorreverter protestó entonces, diciendo que eran prematuras las censuras porque nadie conocía en detalle lo convenido con el Gobierno suizo.

—Es aventurado censurar lo que no se conoce—dijo el ministro en un momento de enojo.

Conformes; pero lo propio pudo decir el señor Navarrorreverter á los que aplaudieron el convenio, aventurándose á elogiar lo que no conocían.

Si nosotros fuéramos de los que creen que el convenio hispano-suizo no es cosa tan buena como los ministeriales dicen, mantendríamos nuestra escama aun despues de haber protestado el señor Navarrorreverter.

No conocemos el convenio, es cierto; pero conocemos al ministro que lo ha hecho. Y con esto basta y sobra para escamarse.

Y ya que del señor Navarrorreverter hablamos, démonos prisa á hacernos eco de una buena noticia que ha sido ya publicada por todos los periódicos:

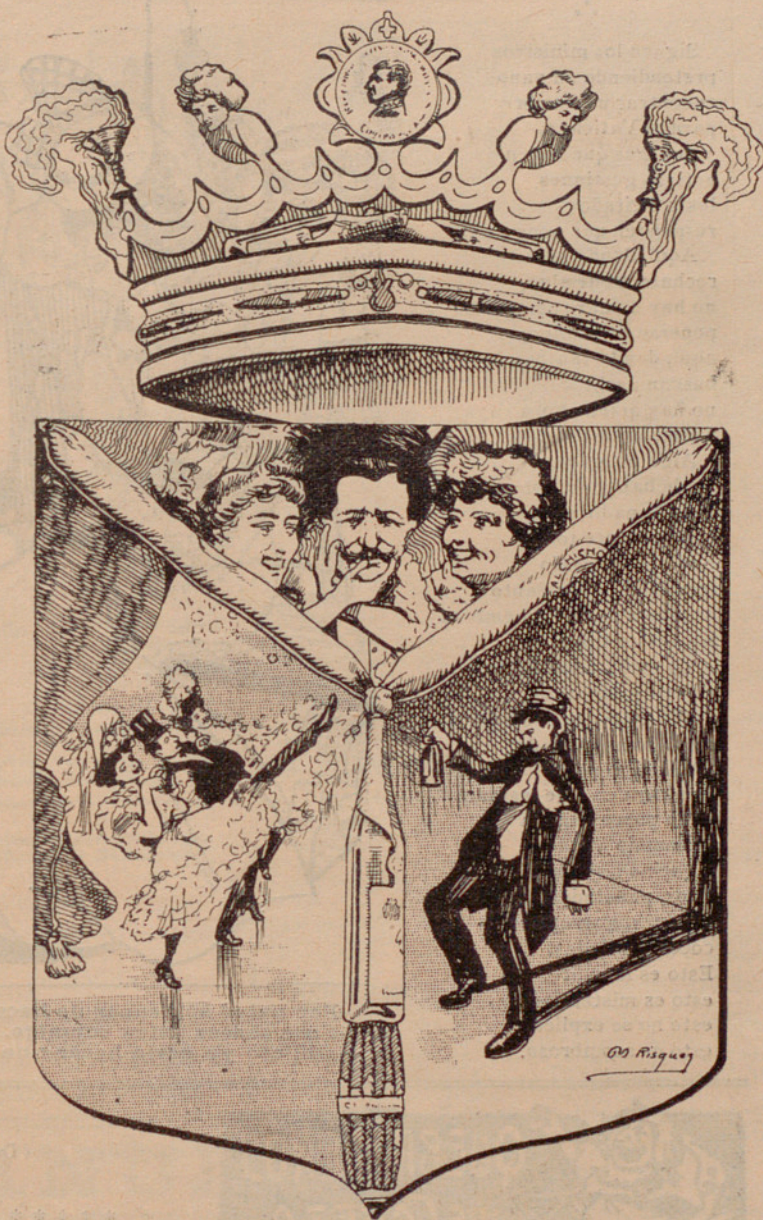
“El ministro de Hacienda, que ha estado algunos días molestado por una leve dolencia, se halla completamente bueno.”

Y, á Quevedo parodiando, por cuenta propia añadimos: celebramos que esté bueno hombre que nunca lo ha sido.

La Prensa monárquica sigue comentando favorablemente el sensacional discurso pronunciado en Oviedo por don Melquíades Alvarez.

Ya hemos dicho en otra ocasiou que el señor Alvarez dedicó la mayor parte de su discurso á elogiar la política del señor Moret; el resto del discurso lo empleó en hablar bien del señor Canalejas.

A don Segismundo le llamó don Melquíades *el político de hoy* y al cejijunto don Pepe *el político de mañana*.



Proyecto de escudo para el afortunado Marqués de los Placeres.

En estas frases ha descubierto el oradorex-republicano sus planes para el presente y lo porvenir.

Hombre juicioso, precavido y cuco, no quiere vivir al día, y emplea su fluida verborrea en adular al anfitrión de ahora y al de despues.

Nosotros aplaudimos la intencion de don Melquíades; pero creemos que ha extremado un poco el procedimiento, dejando al descubierto el juego. Y como éste se nos antoja gastado y viejo, hemos dado en sospechar si el señor Alvarez, á quien todos habíamos tomado por hombre nuevo, será el *político de anteayer*.

CHARADA RÁPIDA

(De Francisco Masjuan Prats)
Cuarta inversa quinta, quinta
una dos tres cuatro-una cuarta.

PROBLEMA

(De José Sabatés Font)

En Abril de 1906 compré en subasta pública un piano cuyo coste ahora ignoro; pero recuerdo que lo vendí en Mayo por 200 duros y que gané un tanto por ciento igual á lo que me costó. ¿Cuál era el valor del piano?

SUSTITUCION

(De Domingo Ruiz)

· × × · × : × ·

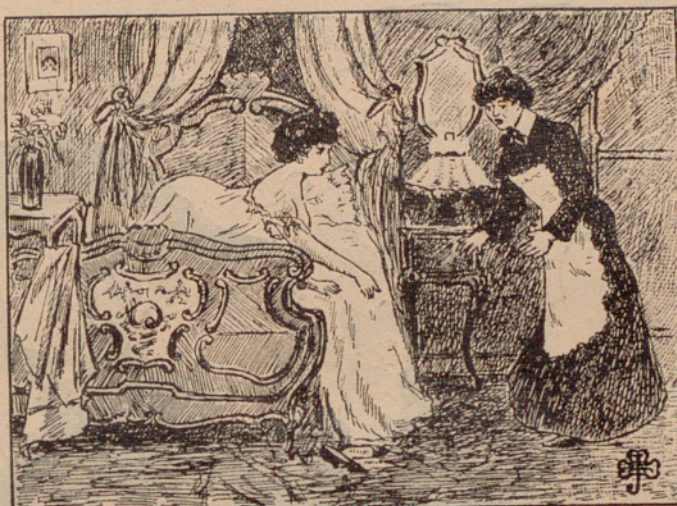
Sustitúyanse las cruces por consonantes y los puntos por una misma vocal y que se lea un adjetivo.

ANAGRAMA

(De Luisa Guarro Mas)

Una *todo* de agua hirviendo de un *todo* cayó en el lomo, dió un salto, sacó las uñas y clavólas en mi *todo*.

ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



La señora, que es sumamente nerviosa, despierta asustada y temblorosa, porque en sueños ha visto la sombra de su difunto esposa y dos cosas para ella desconocidas. A los gritos de la asustada señora acude la doncella, la que, aun estando completamente despierta, ve claramente las tres figuras, más una cosa, que por la posición que ocupa no podía ser vista por la señora. Los lectores que aspiren al premio, deben señalar en las soluciones que remitan, la figura completa del marido y las tres cosas.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 1.º de Setiembre.)

AL PROBLEMA PRIMERO

Las cinco gotas caen juntas cada 0'3 horas ó sea á los 18 minutos.

A LA CHARADA Americana

A LA TARJETA COMERCIAL COMPRIMIDA

Bruno Milá, tapicero.—Espanero, 50.—Gca.

AL SEGUNDO PROBLEMA

El primer caño, para llenar el cántaro, empleará 10 minutos, y el segundo, 15.

Han remitido soluciones.—A la charada: Luisa Rosés, María Sistachs, Antonio Pi, Manuel Cestona, Felipe Ubach, Antonio Pomar Espel, Tomás Masip y Joaquín Torrens.

Al problema primero: José Sabatés Font, J. Rincon Fernandez, A. M., Jacinto Fius y Antonio Pujol.

Al segundo problema: José Sabatés Font, Domingo Ruiz, Jacinto Fius, Antonio Pujol y Miguel Esbert.

A la tarjeta comercial: María Sistachs, Luisa Rosés, Arturo Martín, Miguel Esbert, J. Puigdollers, Manuel Anton, Leandro Roig y Francisco Bonet.

ANUNCIOS

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervescente de Bishop, originalmente inventado por ALFRED BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 8 bis, bajo.



El Papa negro enardeciendo á sus huestes á que sigan la rapiña